



Increíbles postales desde la

arena. (Del lat.
gadas de las ro

JORGE B. MONTAÑÉS

La grandeza turística de España se basa en su enorme diversificación, si bien el mascarón de proa de la industria todavía lo forma el binomio sol y playa. La globalización del fenómeno vacacional ha abierto un sinfín de destinos y, por lo tanto, una feroz competencia. Por fortuna, el litoral español se mantiene firme, avalado por la generosidad de su naturaleza y por una exigencia del consumidor en instalaciones y servicios que no deja de crecer. Prueba de la eficacia de este parasol anticrisis es

el incremento de la demanda extranjera en 2013 respecto al año anterior, que se ha registrado, según datos de Exceltur, en Menorca, Lanzarote, la costa de Almería, la Costa del Sol y en los hoteles de mayor categoría de Gran Canaria y Tenerife, Ibiza y Mallorca.

El comodín imprescindible para el extranjero del arco mediterráneo lo componen la costa malagueña con su clima benigno; un clásico como Benidorm; Calpe, refugio de las mejores calas de la Costa Blanca y del peñón de Ifach; la Peñíscola escoltada por el castillo del Papa Luna, que

atrae al turismo familiar; la fuerza dorada de Cataluña; así como la variedad de ocio que ofrecen las Baleares. Aparte de la mejora de los servicios, el sol y playa español cuenta con cartas náuticas de salada claridad que compiten sin complejos con las playas más famosas del mundo. Auténticas excursiones que hacen del turista un ser privilegiado. Para muchos, la más espectacular cuenta con un nombre que está a su altura. Las Catedrales, en Ribadeo, es una maravilla geológica nacida de la erosión del mar que parece un monumento dedicado a los dioses griegos

cuando se pensaba que Galicia era la última frontera ante lo desconocido. De un estilo totalmente diferente, con un encanto mediterráneo que parece que un día se fusionó con las aguas turquesas del Caribe, se erige también entre las mejores la playa de Ses Illetes, en Formentera.

Si el viajero busca más cosmopolitismo que naturaleza, La Concha de San Sebastián es el lugar ideal. La brisa cántabrica recorre uno de los paseos marítimos más hermosos de Europa. En la otra punta del país, mirando al Estrecho, están la playa de Bolonia, un santuario de paz y surf,

o los ocho kilómetros de Zahara de los Atunes. Todas ellas metas incuestionables del placer sosegado.

Fuera de nuestras fronteras, la oferta es inabarcable. En el ranking de las más espectaculares están obras maestras de la arquitectura coral como la playa albina australiana de Whitehaven. Un lugar extraordinario para practicar deportes acuáticos. Comparte fama entre estas maravillas del mundo Phang Na, ubicada en un espectacular parque natural al sur de Tailandia, en el mar de Andaman. Sin olvidar El Nido, refugio filipino de pescadores con pal-



Según las autoridades turísticas de Tailandia, este país del sudeste asiático recibió 26,7 millones de visitantes en 2013, siendo sus playas el principal reclamo.
/ BANANA
REPUBLIC
IMAGES

meras que acarician el cielo. Siguiendo rumbo oeste aparecen las Seychelles, con unas aguas cristalinas que nadie necesita describir, porque están inyectadas en nuestro cerebro como una postal de deseo en estos días de invierno. Al sur, también en

la zona oriental del continente africano, no hay una isla, sino la isla. Madagascar tiene en Mauritius un terreno mestizo repleto de diferentes razas que conviven en unos arrecifes de belleza tranquila.

En Europa está la riqueza de los contrastes. Uno puede pasear por los acantilados irlandeses de *La hija de Ryan* para ser despeinado por el viento o mirar directamente al sol con el Mediterráneo como espejo. Sin dejarse seducir por el exotismo de otros continentes, los votantes del Traveller's Choice del portal de viajes TripAdvisor eligieron en 2013 la playa siciliana de Isola dei Conigli como la mejor del mundo. Situada en Lampedusa, su agua clara mira a los ojos de *El gatópardo* y pretende cambiar todo con su suave oleaje para que nada cambie.

Mirando a América, la oferta se multiplica exponencialmente. El Caribe reúne en un espacio geográfico relativamente pequeño un sinfín de playas superlativas. Una de sus referencias es Cuba que, además del trasiego turístico de Varadero, dispone de kilómetros de playas ocultas entre la vegetación donde el viajero se siente polizón de un barco pirata, ya que bajo su arena tiene la sensación de que podrá encontrar un tesoro o un alijo de ron. Y qué decir de Panamá, que convive con dos obras maestras, el Canal, nudo gordiano de ingeniería entre dos océanos, y la Playa de las Estrellas, transparencia engalanada con los colores de las estrellas de mar.

Afortunado aquel que discuta por decidir destino, porque equivocarse es tan difícil como estar triste entre estas lágrimas de arena.